

## EL SOCIALISMO DE LUIS ARAQUISTÁIN

Ana Luna San Eugenio

Instituto de Humanidades de la Universidad Rey Juan Carlos

### RESUMEN:

La autora arroja luz sobre la evolución del pensamiento socialista de Luis Araquistáin, particularmente a través de su extensa obra publicada en prensa. Sigue su trayectoria ideológica desde el momento en que comenzó a obtener notoriedad como intelectual en la segunda década del siglo XX hasta su muerte en el exilio. El trabajo expone la lucha interna entre su espíritu liberal de juventud y su particular sentido de un socialismo moderno y renovado, así como la radicalización socialista que asumiría a partir del año 1933.

### ABSTRACT:

The author sheds light on the evolution of socialist thinking of Luis Araquistáin, particularly through his extensive work published in press. She follows his ideological trajectory since he started getting notoriety as intellectual during second decade of twentieth century to his death in exile. Paper describes the internal struggle between his youth liberal thinking and his unique sense of modern and renovated socialism, and socialist radicalization that he assumes in 1933.

**PALABRAS CLAVE:** *Luis Araquistáin, socialismo, liberal, Restauración, Segunda República.*

**KEYWORDS:** *Luis Araquistáin, socialismo, liberal, Restauración, Segunda República.*

### 1.- INTRODUCCIÓN

Luis Araquistáin no ha sido, generalmente, considerado como una de las grandes figuras de su época. Nunca fue protagonista de primera línea en el plano político. Sin embargo, desde el punto de vista intelectual, su nombre tampoco ha resonado en los últimos años como una de las puntas de lanza del pensamiento de su generación, aunque en sus días de plenitud sí constituyera una voz reconocida y, en determinados círculos afines, autorizada.

Araquistáin fue un joven moderno, que entendió, como tantos otros, que el

sistema político trazado en la Restauración estaba muy lejos de responder de forma adecuada a las necesidades de España. Para él, el país estaba sumido en un régimen dominado por oligarquías caducas, anquilosadas en antiguos tiempos, que ya carecían de sentido y que arrastraban al país a la miseria económica y a la más absoluta bajeza intelectual. Como tantos otros jóvenes de su generación, encontró en el socialismo la respuesta a sus inquietudes. Pero el suyo no era un socialismo clásico –para él también éste había quedado anticuado–, sino uno moderno, que pretendía potenciar su compromiso social y su espíritu de mejora, pero que se alejaba del discurso marxista

tradicional que había marcado aquellas líneas ideológicas del hasta el momento.

Quizá por esta percepción, y a pesar de pertenecer desde muy pronto al Partido Socialista, durante la primera mitad de su vida se definió como liberal —en el sentido más decimonónico del término— y peleó de forma muy activa contra el sistema alfonsino a través de la prensa.

Luis Araquistáin vivió siempre en una eterna lucha entre el *Araquistáin liberal* y el *Araquistáin socialista*, tratando constantemente de encontrar un equilibrio entre ambas personalidades. Todo cambiaría en la década de los treinta: su experiencia como embajador de España en Berlín durante el ascenso de Hitler y la pérdida de las elecciones en 1933 frente a la CE-DA, radicalizaron profundamente su pensamiento y su mensaje.

El Araquistáin de la República ha sido habitualmente el más tratado en la historiografía, casi siempre a la sombra de Largo Caballero, obviando además, en multitud de ocasiones, el camino ideológico que vivió el intelectual cántabro en sus años de plenitud. Esta transformación en su modo de pensar ahonda sus raíces, de forma absolutamente determinante, en los acontecimientos que sucedieron en las dos décadas inmediatamente anteriores a la llegada de la Segunda República.

El presente trabajo pretende analizar la evolución de su pensamiento socialista, particularmente a través de su obra publicada en prensa, con el objetivo último de arrojar luz sobre las circunstancias que condujeron a la más profunda polarización ideológica vivida por él y por la sociedad de su tiempo.

## 2.- EL VIAJERO LIBERAL

Con veinticinco años, Luis Araquistáin no era demasiado conocido en el panorama socialista general, así como tampoco en el mundo de la prensa. Esta situación no duraría demasiado: con sus primeros artículos en *La Mañana* y en *El Mundo*<sup>1</sup>, pero sobre todo a partir de su colaboración en *El Liberal*, aquel vetusto periódico matutino fundado en 1879, empezó a despertar las primeras atenciones públicas. Araquistáin pertenecía al grupo de los jóvenes convencidos de la fortaleza de una democracia de perfil liberal, donde el socialismo podía hacerse un hueco como una fuerza democrática más.

Un artículo en el que opinaba de forma positiva sobre la posible entrada de los socialistas en el gobierno belga, en el verano de 1911, despertó las primeras críticas públicas a su figura, precisamente, de un antiguo socialista. Generoso Plaza disparaba contra el joven Araquistáin:

«¿Puede admitirse la hipótesis de nuestra colaboración con elementos burgueses? No. Los socialistas sólo podremos ser Poder, cuando la acción revolucionaria del proletariado arranque á la burguesía los medios de producción, la riqueza social de la cual es detentadora. Aceptar el Poder del brazo de los burgueses, sería manejar nosotros mismos el instrumento de opresión que hoy tiene la clase explotadora»<sup>2</sup>.

Aquella crítica no era anecdótica: era un signo claro de la ya más que incipiente división del socialismo, entre aquellos aún plenamente inscritos dentro de una visión

<sup>1</sup> MENÉNDEZ ALZAMORA, MANUEL, *La Generación del 14: una aventura intelectual*, Madrid, Siglo XXI, 2006, pág. 301.

<sup>2</sup> En *Vida Socialista*, 20-VIII-1911, p.8, «¿Pueden los socialistas formar parte de un gobierno burgués?».

puramente marxista y los que, como Araquistáin, abogaban por una postura más moderna, por una especie de *socialismo liberal*.

Nos encontramos en esta época con un Araquistáin que trata de explotar un rol de intelectual, de un hombre a la vanguardia de los tiempos. Sus colaboraciones en *El Liberal* se hicieron muy frecuentes y su nombre poco a poco fue adquiriendo cierta notoriedad. Muy pronto recibió el encargo de ser el corresponsal de ese periódico en Alemania, lugar donde, como él mismo señalará después, recibirá grandes y profundas influencias.

Quizá una de las más destacadas, en línea con su pensamiento socioliberal del momento, es la del papel que debe cumplir la educación en la sociedad como elemento de progreso. Uno de los personajes más comprometidos con la educación y la pedagogía de principios de siglo, Pedro de Alcántara García, en el primer número de su revista pedagógica *La Escuela Moderna*, aludió a las ideas que transmitía Araquistáin desde Berlín en sus artículos, particularmente en lo que se refiere a la completa necesidad de llevar a cabo un *Programa Mínimo de Enseñanza* que persiga la alfabetización completa de todos los españoles<sup>3</sup>.

En 1914, con el inicio de la Primera Guerra Mundial, regresó a España. La posición oficial del país respecto a la *Gran Guerra*, salvo por algunas dudas iniciales de Romanones, era clara: España sería neutral. Tal neutralidad no se dará en la opinión pública, que se polarizará fuertemente entre *germanófilos* y *aliadófilos*. Am-

bas posturas se enfrentaron con especial intensidad, particularmente a través de la prensa. Araquistáin no quedará al margen de esta *guerra paralela*.

En su línea crítica habitual, en un artículo del recién nacido semanario *España*, se preguntaba si alguna de las plumas que defendía la intervención de España a favor de unos o de otros se había planteado si alguno de los beligerantes codiciaba la intervención española. Araquistáin sentenciaba: «Cualquiera aceptaría nuestra cooperación armada; pero lo triste es esto: que nadie la busca»<sup>4</sup>. Esta era una idea constante sobre el país: un lugar gris, mediocre, que nada tiene que decir en el panorama internacional y que a nadie importa. En este sentido, añadía también:

«España es una rueda que gira sin una co-  
rrea que la ligue al resto del mundo. Hay  
que vivir fuera de España para percatarse  
de la indiferencia que en el extranjero me-  
rece la actitud de los españoles»<sup>5</sup>.

En aquel artículo también apuntó a que España debía decantarse por el mundo liberal para cambiar esa percepción.

Desde el año 1915, muchos vieron cierta autoridad en las palabras de Araquistáin, que ya contaba con 29 años. Su experiencia como corresponsal en Alemania fue determinante en esta sensación. Ramón Pérez de Ayala, en un artículo publicado en *Nuevo Mundo*, utilizó a Araquistáin como argumento de autoridad en su discurso contra Alemania:

«Es un hecho significativo que los dos es-  
critores españoles que mejor conocen así

<sup>3</sup> En *La Escuela Moderna*, I-1914, p.41, «Cultura y propaganda pedagógica – La importancia de la lectura».

<sup>4</sup> En *España*, 19-II-1915, p.3, «Que España quiera vivir».

<sup>5</sup> *Ibidem*.

Inglaterra como Alemania, don Ramiro de Maetzu y don Luis Araquistáin, se hayan puesto en esta contienda del lado de Inglaterra»<sup>6</sup>.

Una parte de los intelectuales, entre los que se encontraba Luis, decidieron finalmente dar su apoyo formal a la causa aliada, firmando un manifiesto que fue enviado a la prensa francesa. Al poco tiempo muchos de los medios españoles, incluso los de una tendencia ideológica opuesta a la que se movían la mayor parte de los firmantes, se hicieron eco de aquellas palabras<sup>7</sup>. Con esta declaración, se terminó de abrir la veda a una guerra abierta entre las dos principales corrientes de apoyo al conflicto europeo. A partir de entonces, las plumas se afilaron y actuaron con una agresividad particularmente intensa.

En estos momentos nos encontramos con un Araquistáin puramente liberal, como extensión a su acérrima defensa de las democracias liberales que estaban en guerra. En todos sus escritos, aprovechaba los elogios a éstas para hacer, de forma paralela, una crítica severa a la situación política de España. Tan enérgicas eran sus críticas, que pronto empezó a sugerir que la única solución de España sería la de una revolución. No una revolución de clases al estilo marxista, sino una revolución liberal. «Una revolución sería un inmenso bien para España»<sup>8</sup>, apuntaba en una ocasión. Aunque matizaba el tipo de revolución: «El liberalismo es el espíritu vivo y ardiente de toda la comunidad,

pero la democracia es la forma ideal de su máxima realización»<sup>9</sup>.

Respecto a la militancia política, a finales de 1915, tenemos a un Araquistáin activo dentro del socialismo. Su nombre aparece como vocal en las actas del X Congreso del Partido Socialista Español, aunque no tuvo un papel, ni mucho menos, destacado. Él continuó, sobre todo, publicando sus opiniones contrarias al sistema político en la prensa. En algunas ocasiones subía el tono de sus críticas y atacaba con dureza la inercia del sistema turnista, al que llegó a calificar de «pestífero»<sup>10</sup>.

No sería hasta el año 1916 y 1917 cuando la figura de Araquistáin saltó a la primera línea de la guerra ideológica que se estaba produciendo en España, con los consecuentes enfrentamientos —muy duros, en algunos casos— producidos por las posiciones de unos y otros. Quizá el más sonado de todos fue el que mantuvo con Torcuato Luca de Tena, a cuenta de una carta publicada en *The Daily News*, en la que Araquistáin denunciaba que, debido a la crisis en la prensa española, los agentes alemanes habían comprado la opinión de los periódicos madrileños, y que, en palabras del cántabro, los dedos de una sola mano pueden servir para contar los diarios que no han sido comprados<sup>11</sup>. Luca de Tena, que al parecer se sintió aludido por aquellas palabras, le acusó airadamente de agraviar con calumnias a la prensa madrileña y le exigió que dijera públicamente «dos nombres de los periódicos que según él se han vendido a los

<sup>6</sup> En *Nuevo Mundo*, 20-II-1915, p.30, «Tabla rasa».

<sup>7</sup> Por ejemplo, uno de ellos fue *La Correspondencia Militar*, que publicó íntegro el Manifiesto, titulándolo con un aséptico *Solidaridad con los aliados*.

<sup>8</sup> En *España*, 22-VII-1915, p.3, «Vida nacional - Crisis de hombres».

<sup>9</sup> *Ibidem*.

<sup>10</sup> En *España*, 12-XII-1915, p.2, «Los hombres en acecho».

<sup>11</sup> Traducción de la carta en *ABC*, 26-I-1916, p.11, «Injurias y calumnias - La prensa madrileña».

Imperios Centrales»<sup>12</sup>. Araquistáin se reafirmó, pero no reveló el nombre de los periódicos. Este hecho genera una airada explosión por parte de la prensa, en principio, germanófila. Casi toda ella, se adhirió al ataque hacia Araquistáin: le pidieron que no fuera cobarde y dijera nombres<sup>13</sup>. Luis respondió a los ataques con extensísimos artículos —más de cuatro páginas— en el semanario *España*, donde aludía a principios fundamentales como la libertad de expresión y menospreciaba la intentona de Luca de Tena de reunir a todos los directores de los periódicos de Madrid con el objetivo de impulsar, desde el gremio, un Tribunal de Honor que le depurara. Todo aquello no sirvió más que para reforzar la figura del cántabro de cara a la opinión pública afín: a los pocos días logró hacerse con la dirección de *España*.

No sólo eso: recibió además la solidaridad de toda la prensa alineada más a la izquierda. El diario republicano *El País*, organizó un banquete como muestra de solidaridad hacia él. Acudieron a la comida, según la crónica que hizo al día siguiente el mismo diario, multitud de personas relevantes en el mundo político y periodístico<sup>14</sup>.

Corría la primavera de 1916, y a punto de cumplir treinta años, Luis había conseguido ponerse al frente de un semanario político y saltar a la primera línea del

mundo periodístico. Su voz se había convertido en relevante e influyente, extremo que despertó el recelo de las tan criticadas por él autoridades.

Araquistáin asumió dos posturas que él entendía como plenamente compatibles: la de ser socialista y la ser liberal. La defensa de la democracia liberal, y el consiguiente ataque al funcionamiento del sistema alfonsino, se convirtió en una seña de identidad. Cuando el panorama político se complicó sobremanera —con la *crisis política del 17*—, Luis Araquistáin ya llevaba varios meses, aprovechando su nueva posición al frente de *España*, atacando sin descanso al sistema.

La situación política a mediados del año 1916 había empeorado gravemente. El ministro Alba intentó llevar a cabo un intenso programa de reformas, particularmente financieras<sup>15</sup>, que no contentaron a nadie. Aquello generó una crisis política aguda, donde se acusó al gobierno de querer gobernar a golpe de decreto, o incluso se llegó a discutir la constitucionalidad de las medidas del ministro. Siguiendo con su línea crítica habitual, Araquistáin afirmaba:

«He aquí, por donde, los decretos del Sr. Alba han puesto al descubierto las imperfecciones y abusos de un sistema parlamentario regido por la charlatanería. Lo verdaderamente anticonstitucional, antidemocrático y antinacional es nuestro Parlamento»<sup>16</sup>.

El ambiente estaba realmente caldeado

<sup>12</sup> *Ibidem*.

<sup>13</sup> Sirva de ejemplo la petición de *La Correspondencia de España*, 28-I-1916, p.4, «*La prensa y la guerra*». Resultaba evidente, por su tendencia germanófila, más o menos acusada, que Araquistáin se refería a ellos, pero del modo que lo dijo, quedaban imposibilitados para ejercer acciones contra él.

<sup>14</sup> En *El País*, 6-III-1916, p.1, «*Homenaje á Araquistáin*». Personajes tales como Pérez de Ayala, Julián Besteiro o Augusto Barcia.

<sup>15</sup> PALACIOS BAÑUELOS, Luis, *España, del liberalismo a la democracia (1808-2004)*, Madrid, Dílex, 2004, pág. 228.

<sup>16</sup> En *España*, 29-VI-1916, p.2, «*Un parlamento sin tiempo para hacer leyes*».

do. La opinión pública de todos los sectores bramaba contra el gobierno. Se percibía, además, la amenaza de una huelga general.

Araquistáin no se mantuvo al margen de las disputas. Ocupando las dos primeras páginas de *España*, en julio del 16, describía el panorama que vislumbraba. En sus líneas, el escritor cántabro alertaba de que, como consecuencia de la crisis política, el sistema parlamentario podía disolverse. En el caso de que aquello sucediera, sólo habría dos caminos: la autocracia o la revolución. Y advertía: «sería un error suponer que las revoluciones sólo ocurren cuando hay partidos revolucionarios para hacerlas o tiranías que derrocar»<sup>17</sup>.

El cada vez mayor énfasis de Araquistáin en la idea de revolución le puso en el punto de mira de muchos. Si bien él seguía manteniéndose unido a la idea del socialismo, *su socialismo* era distinto: no aludía a la antigua lucha de clases y a la dictadura de proletariado, sino que propugnaba un socialismo que jugara en el mismo tablero que el resto de los políticos del sistema vigente. Planteaba, a fin de cuentas, que el socialismo debía ejercer una competencia normal dentro de un renovado sistema democrático-liberal.

En julio de 1916, el descontento creció y estalló una huelga —el *ensayo* de la del 17<sup>18</sup>—; como respuesta gubernamental, se abolieron las garantías constitucionales y se estableció la censura. Araquistáin sufrió duramente los recortes de ésta. Las publicaciones periódicas, incluyendo el

semanario *España*, dejaron grandes espacios en blanco donde la tijera del censor había actuado.

Con el paso de los días y el fin de la huelga la tensión se relajó, y la prensa volvió a sus habituales asuntos sobre los acontecimientos más candentes de la *Gran Guerra*. No obstante, las atenciones de algunos sectores políticos hacia Araquistáin no se distrajerón. En este sentido, es necesario hacer notar un episodio: la clausura de una exposición que organizó el semanario de Araquistáin para recaudar fondos para los voluntarios españoles que luchaban en el frente francés<sup>19</sup>.

Era enero de 1917. Araquistáin había tenido el primer encontronazo relativamente importante con las autoridades. No sería el último: en los siguientes meses, con la grave crisis del 17, viviría algunos acontecimientos que le marcarían de un modo notable.

La tensión volvió a resurgir entre *aliadófilos* y *germanófilos*. En esta ocasión, la causa fue el bloqueo naval ejercido por Alemania. Varios barcos españoles que eludieron el bloqueo, voluntariamente o no, fueron torpedeados y hundidos por los submarinos alemanes, ocasionando multitud de muertos españoles. Al calor de estos episodios, la guerra ideológica estalló definitivamente. La gota que colmó el vaso fue el hundimiento del *San Fulgencio* el 9 de abril de 1917 a causa de los torpedos de un submarino alemán. Araquistáin se radicalizó, empujado en parte por el ambiente imperante, y atacó con dureza al país, al gobierno y a los

<sup>17</sup> En *España*, 6-VII-1916, p.1, «*Autocracia o revolución*».

<sup>18</sup> PALACIOS BAÑUELOS, Luis, *op.cit.*, pág. 228.

<sup>19</sup> En *El País*, 8-I-1917, pp.1-2, «*La exposición por los voluntarios españoles, clausurada*».

germanófilos. España era para él un país y dos conceptos irreconciliables. Cargó contra los germanófilos, y a modo de funesta profecía, señaló: «¿Guerra civil? Sea». Continuaba así con su discurso:

«Estos son los terrores con que nos amenazan los germanófilos y que culminan en un terror supremo: la guerra civil. Acaso tengan razón y sea necesaria una postrera guerra civil en España, que rompa sus ligaduras con un pasado demasiado remoto, con una ideología demasiado medioeval, con unas gentes demasiado cerriles. La guerra europea es una guerra civil continental, y los pueblos que no se purifican en la lucha con otros pueblos, quizá necesiten purificarse en un conflicto intestino»<sup>20</sup>.

La censura suprimió las líneas finales del texto. Estas palabras estaban bañadas por el optimismo que generó en él la revolución rusa de marzo. Encontró en esta revolución —no así en la soviética de noviembre— una gran inspiración. Decía en un artículo de opinión sobre este acontecimiento: «Ya es el pueblo ruso dueño de sus destinos como el francés, el inglés, el italiano y lucha por su democracia, no por ninguna autocracia»<sup>21</sup>. Éste era, como vimos meses atrás, el concepto que tenía Araquistáin por revolución: derrocar una autocracia para imponer una democracia liberal. En este momento, el pensamiento de Luis Araquistáin estaba muy lejos del socialismo clásico. Estaba comprometido con la sociedad inscrita en la democracia liberal, al estilo de los países europeos que citó en su discurso.

Con la caída de Romanones, Araquis-

táin se adhirió a un manifiesto que llamaba «a todas las izquierdas españolas» a intervenir de alguna forma. «Ahora o nunca», terminaba el documento<sup>22</sup>. Desde su semanario, Luis azuzaba cuanto podía las conciencias. Era consciente de que el momento crítico podría desembocar en algo grave. Por ello, no dudó en apuntar en su discurso a la monarquía:

«El pueblo español, que iba olvidando su republicanismo, se ha erguido estos días con un gesto de interrogación. Es una hora crítica para la monarquía española: o absorbe en sí el espíritu y la tendencia de las izquierdas, poniéndose a la cabeza de ellas, o se pone enfrente y el republicanismo resurgirá con más ímpetu que nunca, alentado por los obstáculos de dentro y por los estímulos espirituales de fuera. Es una hora crítica. Vale la pena de reflexionar un momento»<sup>23</sup>.

A principios de julio, con una situación extremadamente convulsa y con los dos grandes bloques ideológicos lanzándose graves acusaciones —algún autor ha llegado a denominarla como *guerra civil de palabras*<sup>24</sup>—, se volvió a decretar la suspensión de las garantías constitucionales. Araquistáin se encontraba de los primeros en la lista. Incluso el número de *España* anterior a la suspensión de garantías fue secuestrado por la policía<sup>25</sup>. *El País*

<sup>22</sup> En *España*, 26-IV-1917, p.1, «A todas las izquierdas españolas»

<sup>23</sup> En *España*, 26-IV-1917, p.1, «¿Una crisis germanófila - ¿Qué piensa la Corona?»

<sup>24</sup> DE LUIS MARTÍN, Francisco, *La quiebra de la Monarquía (1917-1923)*, en PAREDES, Javier, *Historia Contemporánea de España (siglo XX)*, Barcelona, Ariel, 1998, pág. 431

<sup>25</sup> La redacción del semanario señala que sus números de la semana anterior se 'recogieron' por parte de la Policía «con un celo que tal vez se hubiera explicado si en lugar de contener textos suaves hubiese servido de envoltura a terribles bombas de dinamita». También señalan la lista de lo que les está prohi-

<sup>20</sup> En *España*, 19-IV-1917, p.4, «En la hora crítica».

<sup>21</sup> En *España*, 2-III-1917, p.4, «Pan, guerra, libertad - La unidad liberab».

también publicaba el decreto y a continuación, señalaba con grandes tipos todas las cuestiones que la censura prohibía: hablar de las instituciones fundamentales, de cuestiones militares, de las Juntas de Defensa, de los movimientos de tropas, de los torpedeamientos de buques, de la guerra, de la neutralidad nacional, etcétera. Tampoco permitieron la táctica de dejar los espacios en blanco en aquellos párrafos donde había intervenido el censor<sup>26</sup>.

La situación social se volvió insostenible en pleno verano. UGT y PSOE, con el apoyo de CNT, convocaron una huelga para el día 13 de agosto. Era la primera vez que en España el movimiento socialista lideró un proceso de este tipo. La crisis fue resultada con la declaración del estado de guerra y la intervención del ejército. Algunos líderes socialistas fueron detenidos (Largo Cabellero, Besteiro y Saborit) y condenados por un delito de sedición a cadena perpetua, aunque más tarde serían amnistiados<sup>27</sup>. Los siguientes en la lista fueron los periodistas e intelectuales contrarios al sistema y socialistas, que no habían participado en la organización de la revolución, entre los que se encontraba Araquistáin. Si bien no era el primero de la lista en un primer momento —tenemos noticias de él en agosto acercándose a las dependencias de la Policía en San Sebastián para mediar en la

detención del escritor Corpus Barga<sup>28</sup>—, poco después fue detenido y enviado a prisión.

Hay muy poca información fiable relativa a los pormenores de su detención<sup>29</sup>. Sí se sabe, con certeza, que el último día de agosto fue detenido y enviado a la cárcel Modelo de Madrid, donde estuvo incomunicado hasta el día 14 de septiembre, momento en el cual fueron a interesarse por él, según publica la prensa, numerosos escritores, periodistas y algunos diputados. El día 17, fue puesto en libertad provisional.

Durante toda la detención, no se tuvieron noticias de él, probablemente como resultado de la censura. Su semanario tampoco se publicó durante todo el tiempo que duró su estancia en prisión.

Con la lectura de sus textos es difícil averiguar si su periplo en prisión le afectó de algún modo. El primer artículo que publicó después de salir de la cárcel fue en portada de un reducidísimo *El Liberal*

<sup>28</sup> En *El País*, 6-VIII-1917, p. 2, «Corpus Barga, preso».

<sup>29</sup> Según la reconstrucción que se puede realizar a través de lo que publicaron algunos periódicos, una versión puede apuntar a que Araquistáin se enteró, estando aún en el norte, de que la Policía le había relacionado con los sucesos revolucionarios y que trató a continuación de huir del país. Fue detenido en la pequeña localidad de Hinojosa del Duero, intentando alcanzar la frontera portuguesa, no sirviéndole de nada el nombre falso que proporcionó. Sin embargo, logró fugarse de la fonda donde estaba retenido en un primer momento, regresando a Madrid. Las pesquisas policiales apuntaron al domicilio del cántabro, donde al parecer, le encontraron escondido en una pequeña caseta del tejado destinada como lavadero, envuelto en un gabán negro. Toda esta historia fue recogida por el anuario *Año Político* al despuntar 1918. Meses más tarde de su salida de prisión, cuando la pluma de Araquistáin volvió a escribir con prolijidad, el propio Luis ridiculizó esta versión.

bido hablar, señalando con cierta sorna que «la censura apenas permite a los periódicos ocuparse de otra cosa que de los toros y de la luna». En *España*, 5-VII-1917, p.1, «La recogida de España» y «La mordaza».

<sup>26</sup> En *El País*, 8-VII-1917, p.1, «El decreto de suspensión de garantías».

<sup>27</sup> DE LUIS MARTÍN, FRANCISCO, *La quiebra de la Monarquía (1917-1923)*, en PAREDES, JAVIER, *Historia Contemporánea de España (siglo XX)*, Ariel, 1998, Barcelona, pág. 438.



—gravemente afectado por la carestía de papel—, en el que defendía la reinserción de los presos y pedía que les suministraran libros<sup>30</sup>. El 25 de octubre volvió *España*, y los siguientes meses vuelven a la normalidad habitual.

Sin embargo, ni la crisis ni los problemas que habían empujado a ciertos sectores a las protestas se habían diluido. El año 1918 tampoco fue tranquilo. Araquistáin lo estrenó con otro conflicto con las autoridades, al parecer, cuando se produjo otro intento de detención. Él mismo contó su versión en la primera página de *España*:

«Minutos más tarde [de enterarse de la detención de varios periodistas], se presentaba un soldado en la redacción de España y preguntaba [...] si estaba yo en el periódico. Habiéndosele respondido que sí, marchóse al punto para regresar, al cabo de unos minutos, con un agente de la policía secreta, que me invitó a acompañarle. Como la pretensión me pareciera arbitraria, pregúntele que quién era él y para qué y adonde era su capricho llevarme. Mostróme entonces su carnet de policía, como quien enseña un talismán; pero yo le aduje que, no estando suspendidas las garantías constitucionales, él no podía penetrar en mi domicilio ni llevarme preso sin un mandamiento del juez competente y que sentía mucho no poder complacerle, pero que a obrar así no sólo me inducía la defensa de mi derecho, sino mi deber de ciudadano de velar por el riguroso cumplimiento de las leyes fundamentales de la nación»<sup>31</sup>.

Después de estos episodios se percibe

cierto cambio, muy leve, en su discurso político. Continúa con su crítica habitual, aunque ya empieza a enfatizar cuestiones relativas a la clase social. En un número de *España* —en estos momentos prácticamente sólo escribía en *España*—, afirmaba que «este Gobierno es sustancialmente una junta de defensa de la plutocracia española más que un consejo de mesías nacionales»<sup>32</sup>.

Esta apreciación de clase no fue algo aislado. En los largos artículos que trata sobre la guerra europea, ya se empiezan a percibir algunos tintes marxistas, poquísimos o nada desarrollados en el discurso socialista-liberal que el cántabro manifestaba habitualmente:

«En la Historia hay dos fuerzas constantes: una voluntad de dominio por parte de unos hombres y de unos pueblos, y un sentimiento de libertad por parte de otros hombres y otros pueblos. La evolución histórica tal vez no sea más que una disminución de la voluntad de dominio y un acrecentamiento del espíritu de libertad»<sup>33</sup>.

No obstante, las ideas más cercanas al socialismo clásico no fueron creciendo en su pensamiento. Incluso defendía la «*fuertísima irrefrenable*» del discurso socialista moderado en el Parlamento, heredero del de Pablo Iglesias. Afirmaba además que «la minoría socialista [...] ha traído al Parlamento español dos principios de régimen democrático que o no habían entrado nunca en el Congreso o estaban desterrados hace tiempo»<sup>34</sup>.

<sup>30</sup> En *El País*, 22-IX-1917, p.1, «*Demos libros á los presos*».

<sup>31</sup> En *España*, 21-III-1918, p.1, «*Un atraco a la libertad personal*».

<sup>32</sup> En *España*, 9-V-1918, p.2, «*Necesidad de unos presupuestos radicales*».

<sup>33</sup> En *España*, 16-V-1918, p.1, «*Las democracias en guerra*».

<sup>34</sup> En *España*, 30-V-1918, p.1, «*Independencia y responsabilidad del poder público*».

En agosto de 1918, aniversario de su detención y de otros periodistas, volvió la censura previa. Araquistáin se encontraba de viaje por Europa, viendo las consecuencias de una guerra que aún no había acabado. Envío largos artículos desde Italia y Francia comentando lo que veía él y sus acompañantes. Luis siguió escribiendo desde Europa, mientras que las disputas internas en España y las críticas del periódico son amplísimamente censuradas.

El periplo europeo de Araquistáin le devolvió de nuevo al rumbo liberal protagonista en su pensamiento. Con el fin de la *Gran Guerra* y la caída del Imperio alemán, llegarían acontecimientos que marcaron el pensamiento socialista del cántabro. El socialismo se dividía, en gran parte por el tirón bolchevique que provenía de Rusia. En los sectores alemanes de *izquierdas*, se encontraban los socialdemócratas del SPD liderando el cambio, herederos del poder imperial tras la abdicación del *káiser*, y por otro lado, los más cercanos al bolcheviquismo, que querían aprovechar la oportunidad para llevar a cabo la revolución al estilo de la rusa de Octubre. Desde las líneas de *España*, atacó duramente la actitud de ambos: a los socialdemócratas les acusó de cómplices y sostenedores de la guerra, y sobre los otros dijo que sólo podrían llevar su proyecto a través de una dictadura demagógica —como en Rusia, añadía—, debido a que Alemania no estaba, ni mucho menos, preparada para asumir un sistema socialista libre<sup>35</sup>.

Su pensamiento político estaba variando. Él todavía se consideraba un libe-

ral y un admirador de las democracias de este tipo en el mundo, pero a la vez, estaba comprometido con las ideas socialistas de cambio y de *justicia social*. La persecución que había vivido, en parte instigada por un poder en el que teóricamente se encontraban algunos políticos de perfil liberal, le desencantó notablemente. También le desilusionó el rumbo de división irreconciliable que tomó el socialismo internacional. A pesar de que en sus textos no daba muestra de inestabilidad, a sus 32 años, Araquistáin se encontraba en una situación ideológica complicada. Las polarizaciones del socialismo y las derivas que habían vivido algunos sistemas liberales, le dejaron en un *centro* incómodo de sostener a los ojos de los grupos ideológicos que se estaban reformando. No es arriesgado señalar, comparando sus ideas con la evolución mundial de las ideologías, que la deriva de los tiempos dejó en un cierto *fuera de juego* al escritor cántabro con respecto a los nuevos planteamientos.

Esto no afectó en absoluto al ritmo periodístico de Araquistáin. Él continuó defendiendo sus ideas con la misma intensidad y con los mismos argumentos. Incluso hizo la petición, desde las líneas de su semanario, de que se constituyera un Tribunal Internacional que juzgara a los culpables de la guerra. E incluso fue más allá, y pidió que también se fuera contra los españoles que apoyaron la guerra y participaron de un modo u otro en la colaboración con Alemania. Les llegó a acusar, sin tapujos, de «*criminales de guerra*»<sup>36</sup>.

Los siguientes meses fueron muy tranquilos. Se presentó como socialista a

<sup>35</sup> En *España*, 14-XI-1918, p.1, «*Paz libertadora en el mundo, paz ominosa en España*».

<sup>36</sup> En *España*, 28-XI-1918, p.1, «*España ante la justicia internacional*».

las elecciones generales de 1919 por Yecla, pero fue derrotado. En el otoño viajó a Washington como representante de la UGT (junto a Largo Caballero y Fernando de los Ríos) en el Congreso Internacional del Trabajo que organizó la Sociedad de Naciones<sup>37</sup>. De este viaje obtuvo algunas impresiones que le marcaron y que de nuevo, volvieron a alejarle ligeramente de la defensa de los preceptos liberales. En un artículo llamado «*Enseñanza terrorista*» describía los periplos de una organización secreta que asesinaba a los patronos que habían aplastado los movimientos obreros en los años 60 y 70 del siglo XIX en Estados Unidos. Los patronos, según contaba Araquistáin, comprendieron que era mejor establecer un sistema pacífico de colaboración con los sindicatos. Afirmaba también que en España estaba pasando lo mismo que sucedió allí hacía cincuenta años, con patronos intentando destruir sindicatos obreros, con cierres de fábricas y listas negras, con encarcelamiento de obreros. Se preguntaba, por extensión, si nada se podía aprender de la Historia, y preconizaba una respuesta parecida a las de la organización secreta norteamericana. Terminaba su discurso así: «Los pueblos y las clases, como los individuos, necesitan escarmentar en cabeza propia. ¡Y, sin embargo, la Historia es, a veces, tan luminosa en su fatalidad!»<sup>38</sup>.

¿El socialista clásico estaba ganando al socialista liberal? Podía parecer tal cosa a la luz de su deriva a comienzos del año 20. En febrero se presentó como socialista a las elecciones municipales de Madrid

en el distrito de La Inclusa y consiguió uno de los cuatro puestos vacantes, siendo su candidatura la segunda más votada<sup>39</sup>. En sus siguientes artículos, parecía que la deriva de Araquistáin hacia las posturas más tradicionales del socialismo era definitiva. Durante los siguientes meses escribió extensísimos artículos sobre la revolución, dedicó largas líneas a explicar a Lenin, tachó al socialismo alemán de *pseudosocialismo* y analizó la figura de Marx y Engels con especial dedicación el primero de mayo<sup>40</sup>.

Durante estos meses, Araquistáin siguió ganando prestigio en ciertos sectores del socialismo y desarrolló su figura como político electo. Fue vocal, de nuevo, en el Congreso extraordinario socialista de junio de 1920. Fue aquí donde todo cambió. El Congreso se celebró con motivo de la convocatoria de la Internacional Comunista. Se debía discutir si el Partido Socialista rompía con la II Internacional y se integraba con los comunistas. Fueron muy duras las discusiones sobre cuál debía ser el camino más conveniente: a fin de cuentas, desde hacía años, el Partido Socialista se encontraba dividido entre aquellos socialistas clásicos, convencidos de la lucha de clases, de la necesidad de una dictadura del proletariado, de la no integración en los sistemas políticos *burgueses*; y, por otro lado, entre aquellos que aportaban una visión más moderna, con tintes más liberales, de integración políti-

<sup>39</sup> Casi toda la prensa local de Madrid hace coberturas detalladas de los resultados y de los incidentes que hubo en las votaciones. El distrito de Araquistáin fue el que más registró incidentes. En *Heraldo de Madrid*, 9-II-1920, «*Las elecciones de ayer*».

<sup>40</sup> Sirvan para ilustrar esta idea los siguientes artículos que publicó en España: 21-II-1920, pp.1-2, «*Sintomatología revolucionaria*»; 13-III-1920, pp.4-5, «*Lenin, sobre el Estado y la revolución*», 1-V-1920, p.1, «*La fiesta del trabajo y el mito de Hércules*».

<sup>37</sup> Nota de prensa en *España*, 16-X-1919, p.5, «*Congreso de Washington*».

<sup>38</sup> En *España*, 22-I-1920, pp.1-2, «*Enseñanza terrorista*».

ca, de defensa de las estructuras democráticas de perfil liberal. La disyuntiva de los últimos meses en el pensamiento de Araquistáin debía dirimirse. Se encontró ante el dilema fatal: o viraje hacia el comunismo, o socialismo de perfil liberal. El debate polarizó a los socialistas. Muchos de ellos, los de carácter más moderado, se sintieron menospreciados.

Finalmente, todo terminó de alterarse cuando, como resultado del Congreso, los comunistas exigieron veintiuna condiciones —las famosas veintiuna condiciones de Moscú— a todos los partidos socialistas del mundo. La división entre comunistas y socialistas se hizo más patente que nunca y, con este requerimiento, las dos tendencias ideológicas se rompieron definitivamente. Araquistáin, con un análisis más propio de sus primeros tiempos y más alejado de su reciente deriva marxista, criticó los postulados rusos, situándose definitivamente en contra de ellos.

Araquistáin se encontró a partir de este momento ciertamente desencantado. Se alejó de las cuestiones políticas de forma notoria. Los últimos meses del año 20 y todo el año 21 fueron los años del *Araquistáin desencantado*. Se hicieron muy frecuentes sus colaboraciones en el diario *La Voz*, que había aparecido hacía pocas semanas. La frecuencia de sus textos en *España* cayó vertiginosamente. Los problemas más comunes del país se hicieron con el contenido de sus columnas —desde los sucesos de Barcelona y las huelgas ferroviarias, hasta la delincuencia habitual—. No hay un activismo tan intenso como en los meses y los años anteriores. Sin embargo, la producción de ensayos es mucho mayor: a través de anuncios de la prensa, podemos rastrear su actividad:

hace multitud de traducciones del inglés y del alemán, escribe prólogos de libros, etcétera. Durante el año 1921, con todas las cuestiones de Marruecos ocupando muchas líneas en los periódicos, Araquistáin prácticamente sólo colaboraba en *La Voz* con una pequeña columna llamada *Alusiones*. Trataba diversos temas, siempre desde su típica perspectiva. *España* había sido suspendida en febrero de 1921.

A finales de año, nos encontramos con el Araquistáin más pesimista. *La Correspondencia de España* lanzó una sección en la que preguntaba a los lectores anónimos cuál era su opinión acerca del porvenir de España. Araquistáin escribió al periódico una respuesta:

«¿El porvenir de España? Es el porvenir de una casa donde la servidumbre, desde el primer mayordomo hasta el último pinche de cocina, desvalija lo que puede. Toda la nación española es un negocio privado de los funcionarios públicos—tanto mayor cuanto más altos—, en connivencia con un comercio defraudador y una industria parálitica. España es el Estado cerrado de Fichte, sólo que al revés: cerrado a todo sople de renovación y protegiendo con un arancel multiforme —espiritual como material— la picardía y la ineptitud en sus mil formas. El porvenir de España es el de un buque que hace agua y cuyo pasaje —el pueblo en masa— acabará por hundirse en la miseria y el envilecimiento; no habrá salvación mas que para las ratas y los ratas»<sup>41</sup>.

Ya entrado el año 1922, de nuevo Araquistáin se vio involucrado en una polémica, y de nuevo, como con aquel

<sup>41</sup> En *La Correspondencia de España*, 31-XII-1921, p.3, «¿Qué opina usted del porvenir de España?».

enfrentamiento de Luca de Tena, todos sus amigos y simpatizantes organizaron una comida en su honor<sup>42</sup>. En esta ocasión, ni siquiera respondió del modo que lo hizo con el director de ABC.

La crisis de desencanto por la que pasó Araquistáin dio pie a sus viajes, que a partir de este momento se convertirían en muy frecuentes, y que, sin duda, marcaron mucho el carácter del cántabro. Su viaje a Francia, en el verano del año 1922, coincidió con el luctuoso asesinato de Rathenau en Alemania. Araquistáin percibió que tanto en Francia como en Alemania también había una división irreconciliable de dos posturas.

Si bien se había mostrado en los últimos meses lejos de los enfrentamientos políticos, no tuvo dudas: él estaba del lado de las Repúblicas y de la democracia<sup>43</sup>. En Francia se empapó de la opinión que corría por la prensa de algunos círculos del país galo, en particular de la exigencia en el cumplimiento de las reparaciones de guerra que había previsto el tratado de Versalles. Aquel Araquistáin que defendió hasta las últimas consecuencias a las democracias liberales durante la Primera Guerra Mundial, aquel que había atacado el belicismo alemán hasta generarse incluso problemas personales, entendió que aquella actitud era errónea. Dijo el cántabro que la preocu-

pación casi obsesiva por cobrar puntualmente era «la piedra que cierra todos los caminos de una restauración económica, espiritual y pacífica de Europa»<sup>44</sup>.

No obstante, estas manifestaciones son escasas en el nuevo Araquistáin. A partir de ese momento, las colaboraciones con el diario *El Sol* fueron muy frecuentes. Su discurso era extremadamente variado: hablaba de multitud de temas: de su visión personal de las cosas comunes, de algunas cuestiones europeas que él considera importantes, etcétera. Pero el interés del país estaba muy lejos de eso: los problemas de la guerra en Marruecos invadían los principales artículos de los periódicos. Araquistáin se volvió más literario: durante este periodo sus publicaciones en este campo se multiplicaron aún más. Estaba más apartado de la primera línea: no opinaba sobre Marruecos ni sobre las huelgas; incluso escribió artículos ciertamente dispersos, aludiendo al calor de los días de verano. A través de sus escritos, se puede afirmar que el año 1922 es, definitivamente, el del desencanto y del pesimismo. Ocasionalmente, en algunos artículos de prensa, se acercaba a su tónica habitual. Pero estaba desencantado, agotado de la eterna defensa de una democracia más pura. Mientras los asuntos de Marruecos monopolizaban la prensa, él hablaba de los asuntos europeos con más pasión. Apenas hacía menciones a la guerra de África, y cuando lo hacía sólo era para criticar levemente la postura para con Marruecos de algunos gerifaltes del país.

Estarían a punto de surgir acontecimientos que despertarían al Araquistáin

<sup>42</sup> En este caso no merece la pena describir demasiado los pormenores del enfrentamiento. Luis hizo un juego de palabras con los apellidos de José María Carretero y Novillo, y éste se ofendió profundamente, escribiendo una carta a un periódico lanzando un ataque furibundo contra Araquistáin, tachándole de perfecto cobarde -entre otras cosas, porque se negaba a 'batirse'. El mundo antiguo aún perduraba.

<sup>43</sup> En *España*, 8-VII-1922, p.1, «*Dos Alemanias y dos Francias*».

<sup>44</sup> En *El Sol*, 9-VII-1922, p.1, «*La gran preocupación de Francia*».

de siempre: a aquel que se lidiaba entre su espíritu liberal y su espíritu socialista. El golpe de Estado en Grecia, en septiembre de ese año, que acabó con el reinado de Constantino I de Grecia, y las consiguientes depuraciones, le inspiraron. Aludió en *El Sol* que el ejemplo de Grecia era digno de ser imitado por España. Pese a las ejecuciones<sup>45</sup>. El otro acontecimiento que devolvió a Araquistáin al lugar donde siempre estuvo fue la crisis producida por Expediente Picasso<sup>46</sup>.

No obstante, el retiro de la línea peiodística polémica le introdujo en otros campos que no quiso abandonar. Había encontrado su faceta literaria. Si bien ya llevaba escribiendo bastante tiempo, se concentró sobre todo en ensayos políticos; no sería hasta estos años cuando escribió literatura de forma muy prolífica. Una de sus obras de teatro, *Remedios Heroicos*, tuvo un éxito muy sonado. La representación de éste incluso se llevó al Teatro Español<sup>47</sup>. El éxito de *Remedios Heroicos* impulsó a los teatros de la capital a representar más obras de Araquistáin, lo cual le permitió mantenerse alejado de la primera plana política durante los primeros meses de 1923.

Entre finales de agosto y principios de septiembre, Araquistáin publicó en *El Sol* lo que más parecía gustarle: las comparaciones de España con otros países. En esta ocasión, el elegido fue Portugal, por motivo de su viaje por aquellas tierras, donde reflexiona sobre la unión de ambos países.

El *Araquistáin desencantado* pasó a un segundo plano y se dedicó a explotar su faceta de escritor literario. Tuvo, durante estos meses, abandonada completamente casi toda función política en la prensa. Pero en septiembre estalló la grave crisis y la entrada en el poder de Miguel Primo de Rivera. El éxito del golpe primorriverista y la restauración de la censura militar le afectaron sobremanera.

La llegada de la dictadura supuso un durísimo varapalo para Araquistáin. A pesar de que llevaba ya un tiempo alejado de la vanguardia de la polémica política, su presencia pública desapareció súbitamente. Después de la imposición de la censura, ya no se encuentran ni siquiera los anuncios de sus libros o sus obras de teatro, prolíficamente anunciadas hasta el momento en multitud de periódicos. *España* consigue introducir una nota en su edición del 3 de noviembre: «Por causas ajenas a nuestra voluntad nos vemos obligados a suprimir la inserción en este número de una 'Carta abierta a don Santiago Alba' de Luis Araquistáin». La táctica de dejar el espacio en blanco para señalar que por ahí ha pasado la tijera de la censura se prohibió de igual modo. La súbita desaparición de Araquistáin, tanto de sus artículos como de sus asuntos, sólo se puede explicar por el celo de la censura.

No obstante, había una cuestión que conectaba a figuras como la de Araquistáin con Primo de Rivera: su férrea crítica al régimen anterior. Por esta coincidencia logró superar la censura —es cierto, de igual modo, que el celo censor se redujo—, y volvió a la línea habitual de crítica a un sistema que ya había desaparecido:

<sup>45</sup> En *El Sol*, 30-XI-1922, p.1, «*La Justicia Justa*».

<sup>46</sup> En *El Sol*, 3-XII-1922, p.1, «*Un error de métodos*».

<sup>47</sup> En *Heraldo de Madrid*, 22-III-1923, p.1, «*Remedios heroicos, en el Español*».

«Lo mismo da que sean liberales o conservadores, ancianos o juveniles, conspicuos o modestos: si tropezáis con cualquiera de los hombres bien avenidos con el régimen anterior, fingidamente civil y constitucionalista, la queja es invariable y unánime, [...] «¡No hay opinión pública!», exclaman lamentosamente [...]. Tienen razón: no hay opinión pública en España. ¿Pero la ha habido alguna vez? ¿Se ha consentido jamás que se formara? ¿Tomó en serio alguien la misión de crearla? España ha estado gobernada siempre por el despotismo. La Constitución era una de estas ficciones que se adoptan por el buen parecer, como hay quien viviendo con los instintos del hombre de taparrabos, se viste en París o Londres o quien a falta de una selva virgen donde trepar por los árboles, reside en un palacio de la Castellana»<sup>48</sup>.

Después de que se publicaran estos artículos hubo algunas críticas hacia él: ¿acaso no era contradictorio? ¿Cómo podía decir aquello? Araquistáin se reafirmó en sus palabras, y en un artículo semicensurado –cubrieron los huecos en blanco con puntos, burlando de ese modo la prohibición de dejar huecos– explicó que su pensamiento orbita alrededor de la idea de que es preferible tener libertad sin Cortes, que Cortes sin libertad. Hizo además una férrea defensa de la democracia 'auténtica'. «España nunca fue una democracia»<sup>49</sup>, señaló, «sino un sistema de oligarquías que tenían su expresión y su imperio en las Cortes, antidemocráticas y antiliberales»<sup>50</sup>.

Era evidente que Araquistáin no comulga con la dictadura, y ante ella magni-

ficaba la idea de ese liberalismo auténtico y de esa especie de socialismo-liberal. La prensa en la que colaboraba consiguió introducir algunas pequeñas críticas al fascismo de Mussolini a través de las viñetas, pero Araquistáin no publicó, o no pudo publicar, ninguna mención a ello. La variada posición que todos los intelectuales tomaron hacia la dictadura produjo ciertas divisiones entre ellos. En el caso de Araquistáin, probablemente la más notoria fue con Manuel Azaña, el cual respondió a algunas palabras de Luis desde *España* en calidad de nuevo director del semanario. Araquistáin no respondió y nunca más volvió a aparecer su nombre en ese periódico.

Fueron momentos además en los que tuvo que responder ante la justicia por las acusaciones de varios delitos de prensa por injuriar meses atrás a varios ministros del rey<sup>51</sup>, por los que finalmente fue declarado culpable y condenado<sup>52</sup>.

Durante los siguientes meses, muy largos, siguió con los altibajos. Publicó temas comunes y corrientes en una pequeña sección de *El Sol* denominada *Folletones al Sol*; de vez en cuando trataba algún tema político –a veces desde una tendencia liberal, a veces desde una tendencia más socialista–, sin mucha acidez salvo excepciones concretas. Quizá una de ellas ocurriera durante el análisis de la nueva

<sup>48</sup>En *España*, 17-XI-1923, p.1, «*El león enjaulado*».

<sup>49</sup>En *El Sol*, 22-XI-1923, pp.1-2, «*Democracia, libertad y parlamentarismo*».

<sup>50</sup>*Ibid.*

<sup>51</sup>En *El Sol*, 7-III-1924, p.4, «*Luis Araquistáin en el banquillo*».

<sup>52</sup>En el recurso contra la condena se produjo una anécdota llamativa: el abogado de Araquistáin fue detenido por sus declaraciones calificando de 'vergüenza' el proceso electoral español. Después de llamarle al orden y protestar, se le impuso una multa; cuando calificó ésta de coacción, fue detenido por unas horas. Se cuenta en *Heraldo de Madrid*, 3-VII-1924, p.5, «*Es detenido el letrado señor Albornoz*».

dictadura griega, a principios de 1926. Decía:

«Para juzgarla [la dictadura] hemos esperado ávidamente a conocer los propósitos de esa dictadura. ¿Cómo? —se dirá—. ¿Es que un demócrata puede justificar nunca su existencia? ¿No le basta para condenarla que, en su opinión, sea un mal en sí? La objeción está mal formulada. Nadie que no profese dogmas políticos absolutos admitirá que todo sistema de plenos poderes sea un mal en sí. Ninguna forma de Gobierno es en sí buena ni mala. Todo depende de los hombres que la encarnan»<sup>53</sup>.

Continuaba así:

«El voto de una mayoría, ciertamente, no significa siempre la verdad ni el bien. Las mayorías se pueden equivocar y muchas veces se equivocan, porque el error está en la naturaleza humana; pero también se equivocan las minorías y los individuos aislados, como lo demuestran milenios de historia de gobernación pública [...]. La democracia quiere ser un nuevo ensayo, a ver si las mayorías cometen más errores o menos errores que las oligarquías y las autocracias [...]. Desgraciadamente, la democracia está en la infancia aún en aquellos países donde aparece más desarrollada, y hablar de su fracaso vale tanto como decir que ha fracasado un niño porque todavía no puede emprender las obras propias de un hombre. Cada vez que surge una nueva dictadura es fuerza preguntarse: ¿será, como la mayoría de las precedentes, una forma de gobierno contra el espíritu democrático, o, al contrario, una etapa preparatoria para acelerar su desenvolvimiento? [...] Aunque parezca paradójico o contradictorio, no ha dejado de haber en la Historia algunas tentativas de dictaduras liberales, cuyo fin, más o menos conscien-

te, era la capacitación del pueblo para la democracia. Sin el periodo dictatorial de la Revolución Francesa es difícil concebir la subsiguiente y lenta formación de la democracia en Francia [...]. La idea de una dictadura liberal ha sido el sueño de muchos y grandes liberales y demócratas [...]. Ahora, que todo liberal y demócrata hará bien en temer la aparición de una dictadura en la historia, porque la mayoría de las veces, sus fines no coincidirán con la dignificación moral y material de un pueblo»<sup>54</sup>.

Seguía así con su discurso, analizando el caso griego:

«¿Será una dictadura liberal contra la incultura, y la pobreza, y la servidumbre secular de un pueblo? Y el general Pangalos contesta: “Pronto nuestro país dispondrá de una flota que hará de Grecia la primera potencia del Mediterráneo Oriental, y dispondrá, además, del Ejército más poderoso de los Balkanes”».

Finalmente, concluía con tono triste:

«Hubiéramos preferido saber que el programa de la nueva dictadura era hacer del hombre griego el tipo humano más perfecto. Pero no es así. ¡Adiós, otra vez, las ilusiones!»<sup>55</sup>.

Este artículo es especialmente relevante dentro de la evolución del pensamiento político de Araquistáin. Su lucha entre el liberalismo y el socialismo clásico —que preveía una dictadura del proletariado— había llegado a su cénit. Era un Araquistáin que no quería olvidarse de su convencimiento liberal: su particular liberalismo de tinte socialista había supuesto el pilar fundamental de su pensamiento has-

<sup>53</sup> En *El Sol*, 8-I-1926, p.1, «La dictadura griega».

<sup>54</sup> *Ibid.*

<sup>55</sup> *Ibid.*



ta el momento, pero a la vista de cómo se había desarrollado la historia en España y en algunas partes de Europa, todo el convencimiento plenamente democrático empezaba a derrumbarse.

Araquistáin estaba a punto de cumplir cuarenta años y se encontraba en el mayor punto de inflexión ideológico de su vida. Este hecho será imprescindible para comprender su evolución ideológica durante la Segunda República. Pero antes, es necesario destacar una última cuestión: sus viajes por América.

Aquellos viajes fueron algo muy importante en la evolución de su pensamiento. Mientras cruzaba el Atlántico en el vapor *Ohio*, enviaba algunas notas sobre el propósito de su viaje:

«En España sabemos algo, aunque no sea mucho, de lo que hacen los Gobiernos hispanoamericanos y de lo que piensan sus escritores; pero apenas se tiene noticia de lo que sienten sus muchedumbres, su coro anónimo. ¿O es que carecen en absoluto de una conciencia histórica? A esta pregunta quisiera responder, en el curso de mi excursión, veraz y cumplidamente»<sup>56</sup>.

Lo que más le llamó la atención cuando llegó allí fue la profundísima huella y presencia de los Estados Unidos en toda la antigua zona española. En San Juan, Puerto Rico, habló del sentimiento de hispanidad de sus gentes combinado con un profundo sentido de independencia. Desde Santo Domingo lanzó duras críticas a los Estados Unidos por sus intentos de dominación en la isla. Continuó su viaje por Cuba y México, donde se reunió

<sup>56</sup> En *El Sol*, 9-X-1926, p.1, «La americanización de Europa».

con multitud de intelectuales y autoridades<sup>57</sup>.

La experiencia americana le marcó mucho, particularmente en las cuestiones sociales y por la intromisión económica y política de Estados Unidos. A su vuelta escribió varios ensayos, entre ellos dos destacables: *El imperialismo yanqui en las Antillas* y *La revolución mexicana*. Expresó en varios foros su especial tristeza por Cuba.

Aquellos días coincidían con los últimos coletazos de la dictadura de Primo de Rivera. Araquistáin, posiblemente por el viaje por América y por la situación española, volvió a acoger con intensidad su conciencia más socialista

En el año 1929, con el sistema primerista prácticamente muerto, volvió a las filas del Partido Socialista, junto a otros personajes notorios, como Juan Negrín<sup>58</sup>. A través del análisis del panorama general de la prensa se puede percibir que las cosas habían cambiado. Se palpaban nuevos aires y nuevas oportunidades que no tardarían en llegar.

### 3.- LA RADICALIZACIÓN SOCIALISTA (1931-1939)

La primavera del año 1931 había des-puntado con entusiasmo. Las elecciones municipales de abril agitaron los ánimos de los sectores sociales más situados a la izquierda. El *Heraldo de Madrid* titulaba con intensidad: «El entusiasmo con que

<sup>57</sup> Todas sus impresiones son publicadas periódicamente en *El Sol*, en una sección que siempre aparece en primera página denominada *Notas de viaje*.

<sup>58</sup> En *Heraldo de Madrid*, 24-V-1929, p.11, «Araquistáin ingresa en el Partido Socialista».

las izquierdas antidinásticas se aprestan a la lucha presagia una aplastante mayoría republicana»<sup>59</sup>. Araquistáin se movilizó junto al Partido Socialista y concurrió a las elecciones por Madrid. La victoria de los partidos de tendencia antimonárquica en las principales ciudades del país empujó a Alfonso XIII a abandonar el país y a que se proclamara la República. Araquistáin, ante tal cambio, se mantuvo realmente discreto en sus manifestaciones públicas hasta su entrada en el Gobierno Provisional el 16 de abril como Subsecretario de Trabajo<sup>60</sup>. A partir de este momento, comenzó a aparecer en multitud de actos<sup>61</sup>. Muchos de sus libros, censurados durante la dictadura, reaparecieron.

Durante el periodo constituyente las cosas fueron muy complicadas. Había que establecer multitud de parámetros en la nueva constitución, y la polarización política se hizo más patente que nunca. Pedro Rico, aquel que más tarde sería alcalde de Madrid, cogía prestadas las palabras de Araquistáin en una entrevista:

«La forma republicana no es un fin, sino un medio para revolucionar primero el Estado, sí; pero después la nación hasta lo más hondo de las entrañas y de su espíritu»<sup>62</sup>.

En su cargo como Subsecretario de

<sup>59</sup>En *Heraldo de Madrid*, 20-III-1931, p.13, «*Todo el país se moviliza para hacer triunfar en las urnas la voluntad de la nación*»

<sup>60</sup>En *La Voz*, 16-IV-1931, p.2, «*La Gaceta de hoy*»

<sup>61</sup>El libro, *El ocaso de un régimen*, se publicitó como el libro prohibido por la dictadura y por el cual fue procesado Araquistáin. Por otro lado, la ocupación de un cargo público de la República catapultó a Araquistáin a la primera línea. Sus más allegados admiradores celebraron otro banquete en su honor. En *La Voz*, 5-V-1931, p.4, «*El homenaje de anoche*»

<sup>62</sup>En *Nuevo Mundo*, 8-V-1931, p.12, «*Don Pedro Rico, alcalde de Madrid*»

Trabajo participó en la implantación obligatoria de las ocho horas en todas las profesiones –hasta el momento, según señaló el propio Araquistáin, si bien existía ya la medida, no se cumplía en multitud de profesiones–<sup>63</sup> y extendió la cobertura del seguro de maternidad<sup>64</sup>.

El reto constituyente no le fue en absoluto ajeno. Se presentó a las elecciones por Bilbao y Valladolid –a la vez, tanto es así que a la postre tendría dos actas–. Los discursos que dio durante la campaña son absolutamente fundamentales para entender la paulatina transformación ideológica de un perfil liberal a un socialismo más clásico. Decía en su mitin:

«Si fuera elegido diputado a la Asamblea constituyente, pondría a contribución lo poco que sé, y lo poco que valgo para que la Constitución de la República española sea una de las más justas y más originales del mundo»<sup>65</sup>.

Seguía con su discurso para explicar el concepto de originalidad:

«Pero estoy seguro de interpretar vuestro sentir afirmando que si la República española se limita simplemente a cambiar el rótulo de la forma de Gobierno y deja en pie la estructura de las oligarquías tradicionales, como ha ocurrido en algunas Repúblicas de América y de Europa, el fracaso de nuestra República será absoluto».

Continuaba así:

<sup>63</sup>En *Voz Española*, 6-VI-1931, p.11, «*Información general de España – La jornada de ocho horas*»

<sup>64</sup>En *La Lectura Dominical*, 9-VI-1931, p.210, «*España da un nuevo avance en el sector de los seguros sociales*»

<sup>65</sup>En *El Sol*, 27-VI-1931, p.1, «*Don Luis Araquistáin explica en Bilbao el alcance de las elecciones*»

«Hemos hecho la revolución política, hemos despedido a un Monarca cuyo mayor defecto fue el no tener conciencia de la dignidad y responsabilidad de su cargo [...] pero ahora empieza, ahora debe empezar la verdadera revolución social».

Araquistáin entendió, como tantos otros, que el nuevo modelo republicano no podía limitarse a ser una continuación de todo lo anterior. La oportunidad de llevar a cabo una revolución completa en las estructuras del país le animó a querer impulsar un proyecto de cambio sustancial. Continuaba con su discurso en Bilbao así:

«No os asuste la palabra. Toda revolución digna de este nombre, y la española, debe ser digna de este nombre, lleva aparejado el desplazamiento de unas clases sociales por otras en el ejercicio del Poder. En España, hasta la caída de la Monarquía, la estructura de la sociedad y del Estado era típicamente feudal. España estaba dominada por un grupo de oligarquías parasitarias. El tronco era la oligarquía territorial, formada por una parte de la nobleza histórica, descendiente de los señores de horca y cuchillo de la Edad Media [...]. Otra parte de la aristocracia y de la burguesía buscaba carrera para sus hijos en el Ejército, en la Iglesia y en la Administración Pública, constituyendo la oligarquía militar, la oligarquía eclesiástica y la oligarquía político-burocrática. En tiempos más recientes se formó otra oligarquía, la oligarquía financiera, la más invisible e imparabla de todas, la más moderna e inteligente; pero, por lo mismo, la más incontrolable, y una de las más peligrosas»<sup>66</sup>.

Para Araquistáin la República no sólo tenía que ser una nueva forma de Estado,

sino que tenía que perseguir como fin la revolución, al modo que había expresado en algunas ocasiones en sus textos. El cambio profundo y radical de las estructuras del Poder debía ser un pilar fundamental reflejado en el nuevo texto constitucional. El cántabro estaba convencido de que sólo así España podría, por fin, funcionar. El discurso continuaba:

«No basta, pues, haber derribado a la Monarquía; hay que arrancar también de cuajo el poder político y social de esas oligarquías tradicionales. Hay que desfeudalizar la tierra, sobre todo en aquellas regiones como Andalucía y Extremadura, donde existen grandes latifundios, nacionalizándola y arrastrándola a los pueblos o a los Sindicatos agrarios, bajo el control vigilante del Estado; pero sin enajenarla a los individuos, como han hecho algunos países, ni explotarla a cuenta del propio Estado, como está haciendo Rusia con dudoso éxito»<sup>67</sup>.

Pese a todo, Araquistáin aún seguía desconfiando de la solución soviética. En el año 1931 el socialismo clásico no había echado raíces en su pensamiento político. En el mismo discurso también habló de democratizar y reducir al mínimo el Ejército, así como minimizar la presencia de la Iglesia, someténdola a las leyes del país.

Aquí entró de lleno en la cuestión religiosa:

«Para eso no basta separar la Iglesia del Estado. Mientras la Iglesia tenga el formidable poder económico que hoy tiene en España; mientras haya órdenes religiosas con facultades para ejercer todos los grados de la enseñanza y para adquirir y po-

<sup>66</sup> En *El Sol*, 27-VI-1931, p.1, «Don Luis Araquistáin explica en Bilbao el alcance de las elecciones».

<sup>67</sup> En *El Sol*, 27-VI-1931, p.8, «El discurso de Araquistáin en Bilbao».

seer inmensos bienes materiales, no habrá libertad de conciencia ni paz civil en España [...]. Todos nuestros respetos para los creyentes de buena fe y para sus cultos locales; pero la República española, si quiere formar un pueblo libre y constituir un Estado independiente, no podrá tolerar, como hoy existe, sólo sujeto a la disciplina de la Roma vaticana, ese Estado extraño dentro del Estado nacional que es la Iglesia Católica»<sup>68</sup>.

Sobre las cuestiones de la propiedad, ni abogaba por la abolición de la propiedad privada ni por la sacralización de ésta. Un término medio, en sus palabras, era lo más adecuado. También lanzó un mensaje a los comunistas, sin ánimo de encono:

«y yo os digo, amigos comunistas, que a toda la Europa occidental, y también a España, le repugna la idea de la dictadura de una clase. Para el europeo, toda sociedad es una integración de clases distintas, y aunque los socialistas queramos la fusión, la unificación de todas las clases en una comunidad de derechos igualitarios, no creemos que el método mejor sea la destrucción de las clases históricamente antagónicas por la violencia de la Dictadura de una de ellas. Mantenemos el principio de la lucha de clases en el sentido que Carlos Marx y Federico Engels daban a este concepto, en el sentido de lucha civil y pacífica, no en el sentido de guerra civil que le han dado los rusos, desfigurando el pensamiento de los creadores del socialismo moderno».

Concluía su discurso con unas palabras solemnes:

«Después de la revolución política, la revolución social, pero evolutivamente, constitucionalmente, dentro de la ley, de

<sup>68</sup> En *El Sol*, 27-VI-1931, p.8, «*El discurso de Araquistáin en Bilbao*».

acuerdo con la mayoría de la nación y en la forma que la mayoría de la nación lo quiera, sin dictaduras de ningún género, sin suprimir de ninguna clase, al contrario, contando con su colaboración [...]. Y todo ello, repito otra vez, y conviene repetirlo muchas más para aviso de ilusos de buena fe y de ambiciosos en acecho, todo ello, dentro del Imperio de la ley, porque si se atropella la ley, que es la voluntad de la nación, la alternativa a la República no sería el comunismo ni el anarcosindicalismo, como sueñan algunos, sino la reaparición de otra dictadura civil o militar de tipo ultraconservador y ultradespótico; pero sepan también los que esperan ese momento que una dictadura así tampoco es ya posible en España y que eso no puede ser jamás una alternativa duradera a la República nacida democráticamente el 12 de abril. Ni dictadura de extrema izquierda ni dictadura de extrema derecha. La única y trágica alternativa a la República actual sería la disolución social y política de España, una anarquía primitiva y vandálica, un retorno al estado de naturaleza, y probablemente una intervención de las potencias extranjeras. Votar, pues, por los republicanos y socialistas es votar no sólo por la salvación de la República, es también votar por la salvación de España»<sup>69</sup>.

El discurso moderado de Araquistáin logró convencer a muchos votantes. En las dos candidaturas en las que se presentaba –Valladolid y Vizcaya–, venció<sup>70</sup>. Aquella victoria le catapultó al centro de interés de la prensa. Los rumores sobre su destino corrían por los pasillos: ¿formará parte de la comisión de redacción de la Constitución? ¿Se le nombrará embajador?<sup>71</sup> Finalmente, no se le nombró

<sup>69</sup> *Ibidem*.

<sup>70</sup> En *Heraldo de Madrid*, 10-VII-1931, p.10, «*Los diputados que formarán la Cámara constituyente*».

<sup>71</sup> En los clásicos corrillos en los pasillos de la Cámara corría la voz del posible nombramiento

embajador, pero sí fue a la comisión de redacción<sup>72</sup>.

En estas semanas de intensidad política, Araquistáin ya no publicaba prácticamente ningún artículo en la prensa. Son contadas las ocasiones en que lo hace, y siempre para transmitir su opinión sobre algún tema polémico de la redacción de la Constitución. En este sentido, la opinión más importante que escribió en los periódicos fue acerca del enconadísimo debate sobre la cuestión religiosa que se estaba dando durante septiembre y octubre. En un larguísimo artículo publicado en *El Sol*, defendió la postura que había inspirado la redacción del artículo 24 —posteriormente, en la versión final, quedaría colocado en el número 26— sobre la cuestión religiosa. Defendiéndose de las acusaciones de sectarismo lanzadas por aquellos que se mostraban en contra de aquella redacción, decía: «¿Por qué sectarios si con nuestra actitud no defendemos ninguna secta, sino la libertad de todas las religiones?»<sup>73</sup>. Después de una larga exposición histórica, continuaba:

«Un Estado laico no puede sostener a ninguna religión determinada, ante todo en interés de la religión misma, cuya libertad, como la de cualquier otra Asociación, no puede ser completa mientras dependa económicamente del Estado y no del exclusivo sostén de los fieles [...]. Por otra parte, tampoco sería justo que los no creyentes contribuyesen, como hasta ahora

ha ocurrido en España, al mantenimiento de una confesión que no profesan. ¿Qué se diría si el Estado tuviese la obligación de subvencionar a alguna organización sindical?»<sup>74</sup>.

Defendía además que no le parecía afortunada la redacción del párrafo que refería a la disolución de las órdenes religiosas y a la nacionalización de sus bienes, aunque sí estaba de acuerdo con su desaparición. Decía, en defensa de su postura, que «las órdenes religiosas habían sido además, en todo tiempo, centros de acumulación y estancamiento de la riqueza social»<sup>75</sup>. En definitiva, Araquistáin defendía el artículo en esencia, y criticaba sólo algunas cuestiones más formales.

Con el final de la redacción de la nueva Constitución, Araquistáin tuvo otros objetivos. Los rumores de pasillo que le situaban en una embajada meses atrás no iban mal encaminados. En diciembre presentó su dimisión como Subsecretario de Trabajo<sup>76</sup> y a las pocas semanas la prensa ya le colocaba en el mundo diplomático<sup>77</sup>. El rumor se confirmó, y fue nombrado embajador de España en Berlín. El primero de abril presentó sus credenciales al Presidente de Reich —por aquel entonces, Hindenburg—, pronunciando en el acto un emotivo discurso sobre los lazos que habían unido siempre a España y Alemania<sup>78</sup>.

de Araquistáin como embajador en París. Él mismo afirmó que nada sabía sobre ese extremo. En *Heraldo de Madrid*, 22-VII-1931, p.8, «*El consejo de Ministros adopta enérgicas medidas para mantener el orden y defender la República contra todo exceso extremista*».

<sup>72</sup> En *Crisol*, 20-VII-1931, p.10, «*La comisión redactora del proyecto de Constitución*».

<sup>73</sup> En *El Sol*, 8-X-1931, p.3, «*Defensa del artículo 24 de la Constitución*».

<sup>74</sup> En *El Sol*, 8-X-1931, p.3, «*Defensa del artículo 24 de la Constitución*».

<sup>75</sup> *Ibid.*

<sup>76</sup> En *El Sol*, 18-XII-1931, p.1, «*Don Luis Araquistáin presenta su dimisión*».

<sup>77</sup> En *Heraldo de Madrid*, 9-II-1932, p.1, «*Luis Araquistáin, embajador en Berlín*».

<sup>78</sup> En *Luź*, 1-IV-1932, p.5, «*El Sr. Araquistáin presenta sus cartas credenciales al Presidente del Reich*».

Aquel Araquistáin que lanzó sus más duras palabras al Imperio Alemán durante la *Gran Guerra*, aquel que criticó con la más dura de las asperezas a los socialdemócratas alemanes que formaron la República, allí estaba: asumiendo el papel de Estado en el lugar que tanto apreció y que tanto odió. Pese a su intento de articular un discurso de Estado, su condición de crítico en los años anteriores, y particularmente, de socialista en una República que estaba empezando a auparse con fuerza movimientos con un ideario antagónico al de Araquistáin, influyó de forma notable en su embajada.

Una de los primeros actos públicos del embajador Araquistáin fue la celebración del primer aniversario de la República. Su discurso no varió demasiado en relación con su espíritu de cambio profundo:

«Lo que hoy celebramos es, ante todo y sobre todo, el renacimiento de un pueblo. Lo de menos es la caída de una Monarquía o la instauración de una República: eso sería a lo sumo, una anécdota histórica sin importancia. La revolución de 1931 no es un simple cambio en la forma de gobierno, porque si sólo fuese eso, no valdría la pena haberlo hecho. La revolución del 14 de abril, como toda revolución profunda, es un reformar, un revolver, un volver al punto de partida de un pueblo que había perdido su camino histórico y que quiere encontrarlo de nuevo»<sup>79</sup>.

Araquistáin seguía convencido de la necesidad de que, con el advenimiento de la República, se debían producir transformaciones más profundas que las de un simple cambio de régimen. Estaba, en

definitiva, convencido de que la República tenía que ir más allá, tenía que ser el espejo de un profundísimo cambio en las estructuras sociales y económicas que siempre anheló.

La llegada a Alemania de Araquistáin ocurrió, como ya se señaló en este trabajo, durante el gran auge del NSDAP. En las elecciones que se celebraron el 24 de abril, éstos obtuvieron un fuerte crecimiento. Este hecho preocupó sobremanera al cántabro, que analizó con preocupación los resultados. Los antaño criticados socialdemócratas del SPD sufrieron duramente en las urnas, y Araquistáin analizó su derrumbe, junto con el de los liberales, sumidos en una gran crisis<sup>80</sup>.

En octubre de 1932 regresó a España para tratar algunos asuntos diplomáticos. El *Heraldo de Madrid* aprovechó para entrevistarle, y pese a todas las tensiones que estaban ocurriendo en la democracia liberal de Weimar, afirmaba:

«Nuestra República, traída por voluntad del pueblo español ha sido acogida con general aplauso. Ven que nuestra revolución no es imitación de ninguna otra revolución, sino una cosa peculiar y característica de España»<sup>81</sup>.

En otra entrevista en *La Voz*, comparando el advenimiento de la República española con la costumbre alemana de mantener todo bajo el más férreo control jurídico, dijo del caso de la *revolución española*, que «produjo de la noche a la mañana un Estado revestido de la máxima

<sup>79</sup> En *El Sol*, 15-IV-1932, p.8, «Nuestros embajadores en París, Berlín y Lisboa pronuncian interesantes discursos - Discurso de D. Luis Araquistáin».

<sup>80</sup> RODRÍGUEZ MIGUEL, M.A., «Luis Araquistáin ante la crisis de la República de Weimar (1932-1933)», en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, n°18, 1996.

<sup>81</sup> En *Heraldo de Madrid*, 5-X-1932, p.11, «Importantes declaraciones de nuestro embajador en Berlín».

autoridad jurídica»<sup>82</sup>. Araquistáin trataba así de despejar todas las dudas que se cernían sobre la legitimidad republicana.

Nos encontramos ya en el año 1933: el año en que empezaron a ir las cosas realmente mal para Araquistáin. La llegada de Hitler a la cancillería desató una fortísima campaña de los medios alemanes contra el embajador socialista de la República España, que llegaron a pedir su inmediata destitución<sup>83</sup>. En España las cosas no iban mejor: la Ley de Incompatibilidades ponía el puesto de Araquistáin en entredicho, junto a otros veinticinco políticos<sup>84</sup>. No veía su futuro claro: surgieron rumores de que, debido a la ley de incompatibilidades, él sería el único que escogerá continuar siendo diputado en lugar de embajador<sup>85</sup>. Para más desgracia en su gestión diplomática, el Gobierno estableció el visado obligatorio para alemanes, a lo que el gobierno alemán contestó con la misma medida<sup>86</sup>.

A primeros de mayo, la prensa alemana dio la primicia antes de que fuera conocida por nadie: Araquistáin abandonaba la Embajada<sup>87</sup>. Pocos días de aquella información, volvió a Madrid, ya en condición de ex-embajador<sup>88</sup>. Durante las siguientes semanas no apareció demasiado.

<sup>82</sup> En *La Voz*, 5-X-1932, p.3, «Hablando con D. Luis Araquistáin, embajador de España en Berlín».

<sup>83</sup> En *La Voz*, 23-III-1933, p.1, «Ataques de la Prensa alemana contra la República Española y el embajador Sr. Araquistáin».

<sup>84</sup> En *La Voz*, 22-III-1933, p.2, «La ley de incompatibilidades y sus consecuencias».

<sup>85</sup> En *La Voz*, 20-IV-1933, p.1, «La puesta en vigor de la Ley de Incompatibilidades».

<sup>86</sup> En *La Voz*, 20-IV-1933, p.1, «Es obligatorio el visado de los pasaportes españoles en Alemania».

<sup>87</sup> En *La Voz*, 5-V-1933, p.4, «Según la «Vossische Zeitung», nuestro embajador en Berlín regresará en breve a España».

<sup>88</sup> En *El Sol*, 10-V-1933, p.3, «Don Luis Araquistáin, en Madrid».

Se concentró, sobre todo, en las próximas elecciones de noviembre.

El recuerdo del reciente ascenso de Hitler y su salida de Alemania, en una república liberal como la de Weimar, y el viraje hacia la derecha que se preveía dentro de la República española en el otoño de 1933, radicalizaron el mensaje de Araquistáin. En pocos meses había pasado de una cierta sensación de seguridad —el gobierno republicano-socialista, su puesto como embajador—, a ver peligrar el proyecto que había impulsado.

En un discurso en la Casa del Pueblo, según afirmó el periodista de *La Voz*, dijo unas palabras hasta entonces poco reconocibles en él, en las que refería que el Partido Socialista «acepta el régimen parlamentario como medio para la conquista de leyes que mejoren a la clase proletaria, pero que si se les presenta el dilema de una dictadura, antes de que sea de carácter burgués, implantarán la suya los socialistas»<sup>89</sup>.

Araquistáin, ante el nuevo panorama que se estaba presentando, se radicalizó completamente. Todas sus palabras de moderación, de hombre liberal, se terminaron en el mismo momento que sobrevoló el ambiente la idea de que se produciría una 'contra-revolución' de derechas. Empezó a aparecer dentro del círculo de Largo Caballero en los mítines y discursos; un Largo Caballero más radicalizado aún en los últimos días de noviembre de 1933: «No nos queda más que instaurar la República socialista»<sup>90</sup>, dijo el ex ministro

<sup>89</sup> En *La Voz*, 30-X-1933, p.2, «Don Luis Araquistáin, en la Casa del Pueblo».

<sup>90</sup> En *El Sol*, 18-XI-1933, p.6, «Los socialistas [...] han terminado con el mito republicano».

socialista en un discurso en el Monumental Cinema, en el que también se encontraba Araquistáin.

El resultado de las elecciones de noviembre resultó devastador para aquellos que impulsaron el proyecto republicano de perfil izquierdista. Para algunos de ellos, el nuevo gobierno constituía una gravísima amenaza al espíritu de la República que configuraron dos años atrás. Ante esta circunstancia, el *Araquistáin liberal* desapareció completamente y ya sólo quedó el *Araquistáin socialista*. La victoria de las derechas desató una grave crisis dentro del Partido Socialista. Pese a todo, Luis siguió confiando en la unidad del Partido<sup>91</sup>.

A mediados de febrero, en una entrevista en *Luz*, Araquistáin deslegitimaba al Gobierno y se mostraba de acuerdo con las palabras de Azaña en las que señalaba «que se había violado la Constitución y prostituido la República»<sup>92</sup>, y que los socialistas estaban dispuestos a «desacatar un régimen que a estas horas es todo lo contrario al esbozado por el Sr. Alcalá Zamora en las palabras que pronunció en la sesión inaugural de las Cortes Constituyentes». Además señalaba que Gil Robles y los agrarios «no tienen derecho a gobernar la República con estas Cortes, porque a ellas no vinieron como republicanos». Amenazaba después:

«Hoy por hoy, un Gobierno de derechas sería una provocación a los socialistas y a todos los republicanos auténticos, que probablemente motivaría la retirada de la

minoría del Parlamento, y no precisamente para ir al Aventino».

La mayor parte de los socialistas, incluido Araquistáin, no querían consentir de modo alguno que el nuevo Gobierno ejerciera su programa. Finalizaba sus palabras Luis de este modo:

«Si los altos Poderes de la República tuvieran el menor sentido de previsión política y el menor instinto de conservación social, ayer mejor que hoy le hubiera sido retirada la confianza a ese ominoso Gobierno del Sr. Lerroux, que simboliza todas las ineptitudes, todas las concupiscencias, todas las claudicaciones y todos los desastres posibles [...]. Si esto no se intenta, los socialistas haremos nuestras —en rigor las hemos hecho nuestras hace tiempo— las palabras finales del Sr. Azaña, según las cuales la República está por encima de la Constitución, porque es anterior a ella, y por encima de la República está la voluntad del pueblo, que repudia esta República de prevaricaciones, de negociantes, de contrabandistas, de jesuitas sin sotana, de discípulos de jesuitas y de señores agrarios de horca y cuchillo. Y el que quiera entender, que entienda»<sup>93</sup>.

Con la pérdida de gobierno, Araquistáin volvió a la prensa. El primero de mayo, aprovechando la simbólica fecha, lanzó una nueva revista mensual, *Leviatán*, que según las promociones sería una revista de «hechos e ideas», siendo su inspiración en el *Leviatán* de Hobbes.

En octubre de 1934 las palabras de los socialistas pasaron a los hechos. Si bien él, en principio, no participó en la revolución, su cercanía ideológica y personal con Largo Caballero —condenado por el tribunal militar— y una sospecha de haber

<sup>91</sup> En *Luz*, 29-I-1934, p.8, «Los destacados socialistas Besteiro, Martínez Gil, Henche, Lamóneda, Araquistáin y Lois hablan para *Luz*».

<sup>92</sup> En *Luz*, 13-II-1934, p.11, «Ecos del discurso de Azaña — Don Luis Araquistáin, escritor socialista».

<sup>93</sup> *Ibid.*



participado en un envío de armas, le llevaron también a declarar ante el juez, sin mayor consecuencia para él<sup>94</sup>.

Araquistáin se centró a partir del año 1935, sobre todo, en escribir artículos mensuales en *Leviatán*, siguiendo la misma línea radicalizada. En el inicio de 1936, con las nuevas elecciones en el horizonte, se presentó a diputado en la coalición del Frente Popular por Madrid. La campaña electoral se celebró en un ambiente notabilísimo de discordia. En *Leviatán*, todos los autores hablaban largo y tendido sobre la *Revolución del 34*.

Días antes de las elecciones de febrero de 1936, los periódicos de izquierdas, particularmente los de Madrid, se movilizaron masivamente. Todos ellos publicaron, además de sus artículos habituales, un cuadro muy destacado donde aparecían todos los candidatos que se presentaban por Madrid<sup>95</sup>. El nombre de Araquistáin aparece en todas ellos. Después de la victoria electoral, la situación en el país se volvió insostenible. La derecha reaccionó inicialmente de una forma muy parecida a como lo hicieron los socialistas con la derrota de 1933 y la conflictividad empapó las calles. Los siguientes meses fueron devastadores. No hubo oportunidad ni intención de conciliación: la República estaba condenada.

El fracaso de la sublevación militar de julio llevó al país a la guerra civil. A partir de ese momento, todo cambió. El Gobierno trató de movilizar sus posibilidades, y entre sus posibilidades estaba Luis

Araquistáin. En septiembre de 1936 el gobierno francés le concedió el *placet* como embajador<sup>96</sup>. Las palabras que intercambiaron en sendos discursos, tanto el presidente francés como el propio Araquistáin, fueron las habituales en cualquier acto de este tipo. La guerra civil no marcó ninguna diferencia sustancial del discurso, salvo el recuerdo formal por la situación por la que estaba atravesando el país<sup>97</sup>.

Muchos vieron en el envío de Araquistáin a París la mejor opción para negociar una hipotética intervención militar francesa y la venta de armas para la República. El ejemplo más claro de esta cuestión: el magnate de la prensa francesa, director de *Le Jour* en 1936 acusó a Araquistáin de «ser un sargento de reclutamiento» y de «violar la neutralidad de Francia», extremos que el cántabro negó en una nota a su periódico<sup>98</sup>.

Pese a la negación, Araquistáin sí buscaba de algún modo ayuda francesa, a juzgar por sus artículos en algunos periódicos, donde afirmaba que Francia ya se había dado cuenta del peligro que suponía para ella misma la guerra de España<sup>99</sup>, e incluso llegó a publicar un artículo en *Le Petit Journal* en el que afirmaba:

«O la guerra se internacionaliza, rebasando las fronteras españolas, o empieza de nuevo a nacionalizarse y localizarse en los límites geográficos y políticos de España,

<sup>96</sup> En *El Sol*, 20-IX-1936, p.1, «Luis Araquistáin, embajador en París».

<sup>97</sup> En *El Sol*, 11-X-1936, p.1, «Don Luis Araquistáin presenta sus cartas credenciales como embajador de España en París».

<sup>98</sup> En *El Sol*, 17-XI-1936, p.4, «La campaña de León Bailby contra las izquierdas españolas».

<sup>99</sup> En *La Libertad*, 28-I-1937, p.4, «Interesantes declaraciones de nuestro embajador, Luis Araquistáin».

<sup>94</sup> En *Heraldo de Madrid*, 12-XI-1934, p.16, «Las actuaciones del juez especial».

<sup>95</sup> Sirva el ejemplo de la contraportada del *Heraldo de Madrid*, 6-II-1936, p.16, «Candidatura de izquierdas por Madrid».

eliminando toda la intervención extranjera para que el propio pueblo español decida su propio destino [en referencia a la intervención italiana y alemana junto a los sublevados]<sup>100</sup>.

Aquello nunca sucedió. A finales de mayo abandonó la embajada y volvió a España, a las zonas controladas aún por la República. Hay muy poca información en prensa sobre las actividades de Araquistáin en estos días, pero se ha conservado multitud de documentación en la que se le solicita de forma habitual, sobre todo por telegrama, que traduzca todas las informaciones que llegan del extranjero, por si fueran relevantes<sup>101</sup>.

Ya en el año 38, en Barcelona pronunció intensos discursos: pese a la marcha de la guerra, estaba aún convencido de la valía de la antigua revolución del 31. «La guerra tan sólo es un escollo en la Revolución»<sup>102</sup>, remarcó con entusiasmo.

Muy probablemente aquel fue el último discurso de Araquistáin que la prensa española publicaría. La victoria en otoño

de las tropas de Franco en el Ebro y la consiguiente ofensiva militar sobre Cataluña, produjo la huida de aquellos que habían estado a la vanguardia de aquella República revolucionaria, de aquella República de izquierdas a la que ya muy poco le quedaba en pie.

Aún sin haber cumplido los 53 años, en algún día de 1939, Araquistáin salió de España. Aquella España a la que tantas líneas dedicó, a la que tanto odió y amó. Luis Araquistáin jamás volvería a pisar la tierra que le vio nacer.

#### 4.- ESPERANZA, TRISTEZA Y RESIGNACIÓN (1939-1959)

Con la huida de Araquistáin perdemos su pista en la prensa española. A pesar de la derrota militar, la República continuó simbólicamente sus funciones en el exterior. Los republicanos convencidos no dejaron, en principio, de creer que aún conservaban la legitimidad. El día 4 de abril de 1939, tan sólo tres días después de que resonara en la radio española el último parte de guerra, Araquistáin envió una carta desde París a Diego Martínez Barrio, presidente de las Cortes, en la que le presentaba su dimisión. Decía:

«en la sesión celebrada por la Diputación Permanente de las Cortes [...] se tomaron unos acuerdos que, por su gravedad e improcedencia, me obligan a dimitir mi representación de la minoría socialista en ese organismo»<sup>103</sup>.

<sup>100</sup> En *La Libertad*, 10-IV-1937, p.4, «Habla nuestro embajador en París».

<sup>101</sup> Archivo de la Fundación Pablo Iglesias (AFPI), AH-53-6. Fondo del Archivo de la Comisión Ejecutiva de la Unión General de Trabajadores 1936-1939, serie Correspondencia, subserie Luis Araquistáin Quevedo, «*Cartas de la Comisión Ejecutiva de UGT a Luis Araquistáin Quevedo (Valencia, 2-VII-1937 a 8-X-1937)*», docs 1-8. Contienen hasta ocho documentos -cinco de ellos telegramas pidiéndole, tanto el secretario Pascual Tomás como el propio Largo Caballero que traduzca distintas informaciones. Sirva de ejemplo el número 5: «*Estimado amigo y camarada: con la presente de adjunto a usted una carta procedente de New-York, rogándole encarecidamente tenga a bien enviármela traducida para proceder en consecuencia. Dándole por ello mis más expresivas gracias, queda suyo y de la causa. El secretario adjunto, Firma: Tomás Pascual*».

<sup>102</sup> En *La Libertad*, 19-IV-1938, p.2, «*Conferencia de Araquistáin*»

<sup>103</sup> Archivo de la Fundación Pablo Iglesias (AFPI), AH-26-36. Fondo del Archivo de la Comisión Ejecutiva del Partido Socialista Obrero Español, serie Luis Araquistáin Quevedo. «*Carta de Araquistáin Quevedo a Diego Martínez Barrio (04-04-1939)*», p.1.

A continuación explicaba las razones. La más importante fue por la actuación de Negrín justo antes de acabar la guerra y el apoyo de la Diputación. Se mostró radicalmente en contra y atacó el informe de Negrín en el que justificaba «ciertos injustificables nombramientos que hizo a última hora, con los cuales ponía de hecho todos los mandos del Ejército en manos del Partido Comunista y por cuya causa provocó el justiciero levantamiento del pueblo y el ejército de Madrid y del resto de la España republicana». Afirmó después que tenía que sostener «que Juan Negrín es el hombre de gobierno más funesto e irresponsable que ha tenido España desde hace muchos siglos», a pesar de estrangular con esas palabras «añejos afectos» que a él le habían unido.

Araquistáin se mostró siempre en contra de la fuerza comunista en la guerra. Llegó a calificarla de «estúpida y brutal dictadura comunista que ha dirigido nuestra desdichada guerra y nos ha traído a este trágico desenlace». Calificó además a Negrín y su ex-ministro de Estado como «dóciles e incondicionales agentes». Seguía con sorna: «dictadores al dictado del Partido Comunista».

Para él, la injerencia comunista y la gestión de Negrín habían llevado a la República a la derrota. En pocas ocasiones, a lo largo de toda su historia, se había visto a Araquistáin utilizar un lenguaje tan amargo, tan asperísimamente disgustado. La derrota en la guerra le afectó de una manera inimaginable. En esa carta se percibe a un Araquistáin terriblemente dolido. Afirmó que por menos en otros tiempos se fusilaba a los hombres responsables de semejantes catástrofes, pero que «por lo visto, los tiempos han cam-

biado radicalmente y ahora los que huyen de la justicia de su propio pueblo vienen al extranjero con la desenfadada pretensión de seguir titulándose el gobierno de la patria que han perdido ciertamente con su inepticia y acaso con su traición».

La intención de Negrín de encabezar el Gobierno en el exilio le irritó aún más. Afirmaba que no le extrañaba nada que ellos quisieran hacer esa treta, pero no podía comprender como la mayoría de la Diputación Permanente «los haya seguido en su juego de audacia e inconsciencia histórica». Continuó diciendo que él esperaba que la Diputación no hubiera seguido ese camino, pero que se equivocó:

«Por mi parte, yo renuncio a seguir participando en ese cónclave mortuario, y renuncio también a cualquier derecho o favor que, en lo sucesivo, me pudiera corresponder como Diputado a las extinguidas Cortes Republicanas. Reciba los saludos de un socialista, ahora más revolucionario que nunca, después de la triste experiencia revolucionaria de nuestra República y de nuestra guerra. Luis Araquistáin»<sup>104</sup>.

La dimisión de Araquistáin le alejó de la primera línea. El estallido de la Segunda Guerra Mundial le desplazó de París a Londres. Bajo el Londres de la guerra comenzó a renacer el Araquistáin de siempre. Quizá por su reciente disgusto con el socialismo y la ruptura con Negrín, volvieron sus habituales palabras: la defensa de las democracias liberales y de su particular socialismo liberal, a la vez que atacaba al comunismo<sup>105</sup>.

<sup>104</sup> Ibid., p.13

<sup>105</sup> RIVERA GARCÍA, ANTONIO, «Regeneracionismo, socialismo y escepticismo en Luis Araquis-

Durante un pequeño tiempo, muchos de los exiliados, mantuvieron la esperanza de que los aliados, una vez ganaran la guerra, pusieran los ojos en el último reducto de lo que ellos entendían como el fascismo europeo. Durante la guerra mantuvieron un cierto espíritu optimista<sup>106</sup>. Pero después del final, la dura realidad les golpeó de lleno. Araquistáin estaba entre los pesimistas. Después de 1946 entendería que no hay esperanza. Los exiliados serán, en palabras de Luis, «una inmensa Numancia errante sin puerto al que llegar, un navío fantasma abandonado a su suerte en la noche tormentosa de la historia»<sup>107</sup>.

La progresiva vuelta a su pensamiento habitual, alejadísimo ya del espíritu revolucionario marxista que le invadió después de las elecciones de noviembre de 1933, también le distanció de forma notable de otros miembros del Partido. No obstante, participó durante los siguientes años en numerosas comisiones del Partido en el exilio y en los Congresos<sup>108</sup>.

Con el inicio de los años 50, la situación política dentro del partido carecía de peso. Algunos autores, incluso, han llegado a denominarla como «casi marginal»<sup>109</sup>.

---

táin”, en *Arbor: ciencia, pensamiento y cultura*, n°739, 2009, p.1020

<sup>106</sup> *Ibid.*

<sup>107</sup> ANGOSTO VÉLEZ, P.L., Y LA PARRA LÓPEZ, E., “Exiliados españoles en la encrucijada de la Guerra Fría: Prieto, Esplá, Araquistáin y Llopis”, en *Pasado y Memoria: revista de Historia Contemporánea*, n°2, 2003, p.147

<sup>108</sup> Archivo de la Fundación Francisco Largo Caballero (AFFLC), Fondo PSOE en el exilio, serie Circulares del PSOE. En varios documentos del fondo se señala la participación de Luis Araquistáin. Sirvan de ejemplo los del año 47 (Sig. 000117-006) y del año 50 (Sig. 000117-009).

<sup>109</sup> RIVERA GARCÍA, ANTONIO, “Regeneracionismo, socialismo y escepticismo en Luis Araquistáin”, en *Arbor: ciencia, pensamiento y cultura*, n°739, 2009, p.1020

Él había vuelto a sus posturas liberales y había perdido toda esperanza de que España volviera a la República del 1931.

En los últimos años de su vida, Araquistáin centró su discurso en la necesidad de una reconciliación nacional<sup>110</sup>. Muy envejecido, con el pelo blanco y con sus sempiternas gafas, se le sigue la pista en las numerosas reuniones del PSOE en Francia durante toda la década de los 50. El sábado 8 de agosto de 1959, poco después de cumplir 73 años, Luis Araquistáin moría en la ciudad suiza de Ginebra.

## 5.- CONCLUSIONES

Luis Araquistáin perteneció a una generación que tuvo que recoger el testigo de un mundo que estaba tocando a su fin. Desde muy joven, su pensamiento estuvo plenamente marcado por las circunstancias políticas, económicas y sociales que se vivían en el país. No fue un intelectual abstraído en profundas cuestiones teóricas: nunca se mantuvo al margen del mundo en que vivía. Sus largas temporadas en el extranjero durante su formación y su primera experiencia como periodista en Alemania fueron absolutamente determinantes en la formación de su pensamiento.

Las ideas de Araquistáin no fueron monolíticas a lo largo de su vida. Cuando asumió su papel de intelectual, defendió sus argumentos a través de extensos razonamientos basados en la teoría política liberal. La respuesta al sistema heredero

---

2009, p.1020

<sup>110</sup> RIVERA GARCÍA, ANTONIO, “Regeneracionismo, socialismo y escepticismo en Luis Araquistáin”, en *Arbor: ciencia, pensamiento y cultura*, n°739, 2009, p.1020

del turnismo de Cánovas en el que vivía debía ser la democracia liberal, y no la solución socialista.

El liberalismo, entendido como un sistema que condensara en sí la esencia de los postulados liberales del XIX, así como la esencia del liberalismo británico, era la respuesta más acertada para el joven Araquistáin. Este pensamiento, o esta *inclinación intelectual*, se compaginaba con su compromiso con el socialismo. De éste extrajo, en un principio, las cuestiones sociales más vanguardistas.

Partiendo de ese convencimiento, de nuevo, las circunstancias hicieron que su pensamiento socialista fuera variando. Su lucha contra los sistemas políticos que se articularon en la época alfoncina le situó, de forma irremediable, en el extremo de una posición ideológica cada vez más polarizada. La proclamación de la Segunda República Española fue su sueño hecho realidad. La ineficacia de la anterior constitución, cuando no su constante vulneración, empujaron a Araquistáin a creer que el nuevo sistema debía llevar a cabo una transformación profunda que fuera más allá de un simple cambio nominal. Araquistáin, como tantos otros, entendió que las reformas debían ser más profundas que las puramente textuales. Para ellos, 1931 no debía ser el año en que un rey se marchó, debía ser el de la *revolución*.

Su esperanza en que aquel cambio radical ocurriera fue su gran error. Probablemente nunca comprendió en su totalidad, como tampoco lo hizo ninguno de sus contemporáneos, la idea de que la España que querían impulsar no podía ser únicamente configurada a través de la

actividad política. Con todo, aquel era su gran sueño.

Sólo se puede comprender la radicalización de su pensamiento porque creyó que la República, por fin, iba a suponer el final de la España que siempre odió. La República era una oportunidad histórica de acabar con aquello que había llevado al país al retraso y a la miseria.

Araquistáin se radicalizó sólo el día que entendió que podía perder aquello que había logrado. Nunca antes, en los anteriores sistemas que se articularon durante el reinado de Alfonso XIII, aunque las circunstancias fueran objetivamente peores que las de la España que se planteaba tras la victoria de la CEDA en 1933, el intelectual cántabro mantuvo una postura radical.

La guerra, y la derrota de la República, destruyeron por completo su mundo. Aquello por lo que siempre luchó se quebró de forma abrupta. Al final de su vida, entendió que la reconciliación era necesaria. Pero era demasiado pronto para España y demasiado tarde para él.